

MARCAS DE LA AUTORÍA DE TIRSO DE MOLINA EN *EL BURLADOR DE SEVILLA*

Rosa NAVARRO DURÁN
Universitat de Barcelona
ORCID: 0000-0002-8232-4222

Resumen:

Las muchas concordancias –palabras, expresiones, ideas– que se aportan entre *El burlador de Sevilla* y las comedias de Tirso de Molina son marcas de su autoría. A ellas se suman tres unidades narrativas que aparecen en la obra y que se repiten en otras comedias del dramaturgo: el juramento seguido de la maldición, los comentarios sobre mujeres y las acusaciones al protagonista al final de la comedia.

Palabras clave:

El burlador de Sevilla. Tirso de Molina. Marcas de autoría. Concordancias. Juramento seguido de maldición.

Abstract:

There are a lot of agreements between *El burlador de Sevilla* and Tirso de Molina's comedies: words, expressions, ideas; and this fact indicates that he writes the work. There are also three narrative unities in the *Burlador* that we can find in Tirso's other comedies: the oath and curse, the comment about women and the accusations against the hero in the end of the comedy.

Key Words:

El burlador de Sevilla. Tirso de Molina. Author's marks. Agreements. The oath followed by a curse.

Es bien sabido que el texto de *El burlador de Sevilla* nos ha llegado imperfecto y sin nombre de autor, aunque se diga que es de Tirso de Molina en la primera edición conservada: en *Doce comedias nuevas de Lope de Vega Carpio, y otros autores, Segunda parte*¹, donde figura en los fols. 61-82v. como *Comedia famosa del maestro Tirso de Molina*. Una versión de la obra con considerables diferencias y menor intensidad es la comedia *Tan largo me lo fiáis*, que se viene atribuyendo a Andrés de Claramonte por parte de algunos estudiosos, y Rodríguez López-Vázquez también defiende desde hace tiempo² la autoría de Claramonte para *El burlador de Sevilla*. Si fuera una comedia más de las muchas que escribieron los dramaturgos de la Edad de Oro, podría mantenerse la duda y la condición de «atribuida a Tirso de Molina», pero no lo es: es una de las que configuran nuestra historia literaria y la que forjó uno de los mitos contemporáneos: el donjuán; por tanto, si la escribió el gran comediógrafo Tirso de Molina, es esencial devolvérsela con seguridad. No voy a mencionar los argumentos de los estudiosos defendiendo una u otra autoría, sino que voy a darle la palabra al propio escritor para demostrar que fue él quien la creó. El prólogo de W. F. Hunter a su edición crítica de la obra se inicia con la «historia del texto»: a él me remito («Tirso de Molina», 2010, XI-XVII); y las citas de los versos de *El burlador de Sevilla* en que me apoyo para enumerar las concordancias pertenecen también a tal edición.

Un escritor de muchas obras deja en algunas de ellas repeticiones, marcas de su estilo, palabras que desvelan su autoría;

¹ En la portada figura impresa en Barcelona, por Gerónimo Margarit, 1630; aunque como ya indicó Cruickshank (1981), tres de sus comedias (*Deste agua no beberé*, *Marina la porquera* y *El burlador de Sevilla*) fueron impresas antes en Sevilla por Manuel de Sande, entre 1627-1629, y las *Doce comedias* fueron reunidas por el impresor sevillano Simón Faxardo seguramente en ese año de 1630. Está digitalizada en la BDH.

² En su ensayo *Andrés de Claramonte y El burlador de Sevilla*, Kassel, Reichenberger, 1987, y en su edición de *El burlador de Sevilla* (Madrid, Cátedra), donde añade nuevos argumentos en anejos a sucesivas impresiones, y, si primero figuraba como «Atribuida a Tirso de Molina», en la última (2022) lo está ya a nombre de Andrés de Claramonte como autor.

por ello he hecho un recorrido por las comedias de Tirso en su búsqueda. Y las hay, ¡y muchas! Primero voy a indicar significativas coincidencias en unidades de la composición, de la estructura, y luego voy a dejar hablar a los textos. Para señalar las concordancias, me apoyo en las comedias impresas en las cinco Partes de Comedias (1627-1635), en los *Cigarrales de Toledo* (1624) y en *Deleitar aprovechando* (1635); hago solo tres excepciones: he tenido en cuenta *La Ninfa del cielo*, la *Tercera parte de La santa Juana* (autógrafa) y *La celosa de sí misma*. Cito por *Obras dramáticas completas*, la edición de Blanca de los Ríos, para facilitar la localización de las referencias (indico el volumen y la pág.).

1. El juramento con la maldición

Don Juan va a burlar a dos damas nobles –aunque no lo logre en el segundo caso– haciéndose pasar por un amigo suyo (el duque Octavio o el marqués de la Mota) y amparándose en la oscuridad. A cara descubierta seduce a dos bellas jóvenes humildes: la pescadora Tisbea y la labradora Aminta. Se compromete a desposarlas con parecido juramento: «Juro, ojos bellos / que mirando me matáis, / de ser vuestro esposo» (vv. 941-943) le dice a Tisbea; y a Aminta: «Juro a esta mano, señora, / infierno de nieve fría, / de cumplirte la palabra» (vv. 2069-2071), porque a don Juan jurar por los ojos o la mano de la mujer es como no hacerlo, pura mentira retórica. Pero a Aminta no le bastan esas palabras y le pide que jure por Dios: «Jura a Dios que te maldiga / si no la cumples»; y entonces el Burlador pronuncia el juramento seguido de la maldición que lo llevará al fuego del infierno:

Si acaso
la palabra y la fe mía
te faltare, ruego a Dios
que a traición y alevosía
me dé muerte un hombre...

(*Aparte.*) (... muerto;
que vivo, Dios no permita) (vv. 2073-2078).

Y así será: le dará muerte a traición y alevosía un hombre muerto, la estatua de piedra del Comendador, enviado por Dios, pues goza de la gloria. No hay burlas con el Señor: fue un insensato desmesurado don Juan Tenorio.

La maldición tras el juramento encierra, pues, el desenlace de la obra. Y lo mismo sucede con otras dos comedias de Tirso: *Escarmientos para el cuerdo* y *El mayor desengaño*; así tal estructura se convierte en marca de autoría.

Escarmientos para el cuerdo está incluida en la *Parte Quinta* de las comedias de Tirso (1636); Blanca de los Ríos fechó la obra en 1619, y Luis Escobar lo hace entre 1614 (por la alusión al *Viaje del Parnaso* de Cervantes) y 1622; la posible alusión a su comedia *Palabras y plumas* la acercaría más a 1615. Es, por tanto, comedia temprana.

Su protagonista es el portugués Manuel de Sosa. En Lisboa dio palabra de matrimonio a doña María de Silva, con quien tuvo un hijo, Dieguito, que se lleva con él en su navegación a los territorios de Portugal en la India. Sucede la obra en Goa, y antes don Manuel había albergado dos meses en su casa de Dío al gobernador don García de Sa y a su hija Leonor; a ella la sedujo también bajo palabra de matrimonio; y esos amores darán asimismo, ya en Goa ambos, como fruto un hijo.

Doña María, vestida de hombre, se embarcará e irá en su busca. Don Manuel le confirma su amor, le confiesa su situación y la obliga a que se haga a la mar de nuevo, aunque le promete que más tarde se reunirá con ella; su justificación es que teme el castigo del gobernador si llega a enterarse de que era ya esposo de doña María antes de seducir a su hija. Y en ese momento, afirmando su amor por la dama, pronuncia su juramento:

Plegue a Dios, prenda querida,
si llorases ofendida
mi lealtad y fe constante,
que vengativo levante
peligros contra mi vida
cuanto esta máquina encierra.
Si navegase, la guerra
del mar llevándome a pique

naufragios me notifique
inauditos; si en la tierra,
entre caribes adustos,
abrasados arenales,
tigres del monte robustos,
rayos de nubes mortales,
rigores del cielo justos,
todos juntos homicidas,
verdugos de mis enojos,
en las prendas más queridas
ceben su furia a mis ojos,
por que me quiten más vidas.

Y doña María acepta lo que él le pide asombrada ante esas maldiciones: «Basta, mi bien, que me pones / pasmo con las maldiciones, / que trueque en dichas el cielo» (III, 235).

Don Manuel no cumplirá la palabra que le ha dado, se casará con la hija del gobernador, y las maldiciones caerán sobre él y sobre los suyos: sus dos hijos y doña Leonor. Primero sufrirán el naufragio, y luego el ataque de caníbales y de fieras del bosque; don Manuel verá morir a su hijo Dieguito en las garras de un tigre, y a su esposa Leonor y a su niño los verá prisioneros de hombres bárbaros negros que quieren violarla, y ambos morirán también.

Don García y doña María se enterarán de la primera parte de la terrible desgracia por Carballo, el criado de don Manuel (con papel de gracioso), que fue víctima del naufragio y del ataque de los caníbales, y, al modo de Catalinón al final del *Burlador*, se lo cuenta. El espantoso y trágico final vendrá narrado por un marinero, que adopta la voz del narrador: «Ya, noble gobernador, / maldiciones cumplió el cielo, / vengó agravios, oyó llores / y dio al prudente escarmientos». La tragedia abarca a todos porque en la maldición don Manuel había mencionado «las prendas más queridas»; y la última imagen suya nos la da también el marinero: «Trasposose de dolor [...]. / Se entró por entre esas selvas, / donde entre riscos soberbios, / o intentará precipicios, / o fieras le habrán deshecho» (III, 259). Es la constatación de que ha sido testigo del final de la tragedia, como había dicho él en su maldición: «ceben su furia a mis ojos».

El mayor desengaño es un drama hagiográfico recogido en la *Primera Parte* de las Comedias de Tirso (1627), lo representó en palacio Avendaño en 1622 (y antes Cristóbal de Ortiz). Su protagonista, Bruno, nada tiene que ver con el comportamiento de don Juan o de don Manuel; pero como ellos, es víctima de una maldición, dicha por su padre. Ha abandonado sus estudios por el amor de una bella dama noble, pero pobre: Evandra. Cuando su padre se entera de que va a casarse, se enfurece terriblemente, pronuncia ya un «Plegue a Dios...!» y no admite la explicación de su hijo. Es entonces, antes de echarlo de su casa y de su vida, cuando pronuncia la maldición, precedida por «Antes que mis canas vean / mi afrenta, tu desacato / y deshonor de tu sangre, / plegue al cielo...». Y lo maldice deseándole que su esposa sea adúltera y lo menosprecie, «tus más amigos te vendan, / tengan poder tus contrarios / en tu deshonor, mas... no..., / hágate Dios un gran santo». Y sigue en su retahíla de males deseados, que de nuevo cierra con un «pero... no..., / hágate Dios un gran santo» (II, 1186).

Enseguida tendrán efecto las maldiciones porque su mejor amigo se casa con la dama por quien él había abandonado el camino trazado por su padre. Bruno se marchará para dedicarse a las armas y, después de una acción heroica, que le lleva a la privanza del emperador, no recibe más que desengaños: en tres días cae del favor logrado. Y él se dice a sí mismo: «Padre, si os creyera a vos, / mis estudios prosiguiera, / y en riesgos no me metiera / del favor y la privanza; / vuestra maldición me alcanza, / cuanto justa, verdadera» (II, 1207). Queda ya llegar al desenlace positivo de esa maldición, y Bruno emprenderá el camino de la santidad al tomar los hábitos, volver a los estudios y oír el testimonio de su maestro Dión, un santo a ojos de todos, que, sin embargo, se condena; y no por desconfiado, sino por lo contrario, por su soberbia: «y quien fía de sí tanto, / que por santo se averigua, / condenarse no es milagro» (II, 1222). Bruno aprenderá la lección, fundará una orden, la de la Cartuja, y, como pidió su padre, será santificado. Curiosamente su criado se llama Marción y lo caracteriza la cobardía, al igual que a Catalinón.

Ni la trayectoria vital de don Manuel ni la de Bruno tienen nada que ver con la del Burlador, pero la construcción de ambas

comedias está asentada en un juramento seguido de maldición, como lo está el desenlace del *Burlador de Sevilla*. Tirso desarrolla la fórmula del juramento del *Salmo* 137, «Balada del desterrado», 5-6: «Si me olvido de ti, Jerusalén, / que se me paralice la mano derecha; / que se me pegue la lengua al paladar... ». En las tres comedias la condición inicial se dará, y por ello se desencadenarán las maldiciones, que forman el entramado de esas tres obras de Tirso.

En otra de sus comedias tempranas, *Palabras y plumas*, publicada en la *Primera parte* y fechada en torno a 1614-1615, los dos antagonistas también formularán juramentos unidos a maldiciones. Don Íñigo le dirá a su criado Gallardo: «Plegue a Dios, si amase más / a Matilde, si la viere, / si más servicios la hiciera, / si la nombrare jamás, / que me dé el acero humilde / de un cobarde muerte infame»; pero jura en falso, como le confiesa enseguida: «Si arraiga / amor, nadie echarle intente; / que quien ama, jura y miente» (I, 1295). Y poco después volverá a jurar contra su amor por Matilde; así le dice a su hermana Sirena:

Plegue a Dios, si pusiere más en ella
los ojos, si la viere más, hermana,
si aunque el mar, que soberbias atropella,
volcando el barco su rigor vengara,
me moviera a piedad y la ayudara;
¡que de sus mismos peces sea sustento! (I, 1299)

Y, en efecto, el esquiife que lleva a Matilde se hace pedazos en una roca; pero don Íñigo se lanza al mar y la salva. El juramento anuncia lo que va a suceder, y quien lo hace lo deshace porque su amor por la dama resiste sus propias maldiciones. Será su antagonista, Próspero, que goza del favor de Matilde y no se ha lanzado al mar para socorrerla, quien formule otro juramento, en este caso precedido de la preceptiva maldición. Es juramento amoroso en su boca, porque es generoso en palabras y plumas, no en obras:

Plegue a Dios, Matilde mía,
que te quite un desleal

el Estado con la hacienda;
 que te mande desterrar
 el rey; que en aquesta quinta
 se encienda un fuego voraz,
 para que entonces conozcas
 mi amor firme y liberal (I, 1305).

Y la maldición que precede al juramento anuncia de nuevo lo que va a suceder: primero el fuego voraz y luego la traición que lleva a Matilde a la pérdida del estado de Salerno, a la pobreza y al destierro. Lo único que no ocurre es la firmeza y generosidad del amor que Próspero pregona: ni la salvará del fuego, ni la apoyará en su desgracia, sino que decidirá casarse con otra dama.

El juramento seguido o precedido de la maldición es, por tanto, fórmula que repite Tirso de Molina en sus comedias tempranas.

2. Las acusaciones finales

La secuencia final de *El burlador de Sevilla* ofrece la sucesión de acusaciones ante el rey contra don Juan Tenorio por las mujeres que él burló; la encabeza Batricio («a mi mujer me quitó»), le sigue Tisbea («Con nombre de mi marido»), e Isabela la corrobora («Dice verdades»); luego aparece Aminta preguntando por su supuesto esposo, y después el marqués de la Mota, que contará cómo le engañó su amigo. Será don Diego, el padre de don Juan, quien pida al rey que apresen a su hijo y pague sus culpas. En ese momento llega Catalinón y cuenta lo sucedido en la capilla del comendador.

En dos comedias de Tirso aparece semejante desfile acusatorio final: *Amar por razón de estado* y *Privar contra su gusto*, aunque en ambas las acusaciones son falsas, fruto de enredos y apariencias, porque el protagonista no ha engañado a nadie, sino que ha obrado muy bien. *Amar por razón de estado* fue publicada en la *Primera parte* (1627) y se fecha en 1621; su protagonista es Enrique, y el marqués Ludovico, su amada Leonora e Isabela, otra dama, creen que los ha engañado y acuden ante el duque de Clèves para pedirle que lo castigue. Ludovico, que sospecha que Enrique

ha galanteado a la misma duquesa, dice: «Señor, si Enrique no muere, / no aseguráis vuestro honor». Isabela, que se cree ofendida por el caballero, afirmará: «Poco me estimáis, señor, / mientras Enrique viviere». Y su propia amada, Leonora, que está segura de que la ha engañado, pide también que lo castigue con la muerte: «Amante que a tantas quiere, / digno es, señor, de castigo; / dalde muerte, si os obligo» (II, 1134).

Pero don Enrique no es un donjuán, y todo ha sido causado por malentendidos. Resultará ser el hermano de la duquesa, y Leonora verá que no la ha engañado después de darle mano de esposo. El final feliz borra todas las acusaciones. No olvidemos que también las parejas se recomponen en el desenlace del *Burlador* aunque en su caso las acusaciones sí están respaldadas por la verdad.

Algo semejante sucede en *Privar contra su gusto*, cuyo protagonista, don Juan de Cardona, salva al rey de Nápoles, don Fadrique, tomando la apariencia de un misterioso embozado, y además le dará toda su hacienda. Pero las damas: doña Leonora, la infanta y Clavela, fiadas en apariencias y rumores, lo acusarán al final de la comedia ante el rey de ser un traidor y cómplice del conde de Anjou. El rey se resiste a aceptarlo: «¡Válgame el cielo! ¿Don Juan...? / No es posible que tal crea. / Miente el vulgo, mienten todos, / y miente la verdad mesma / si a don Juan de infiel acusa» (III, 1115). Y tendrá razón pues nadie le fue más fiel – y generoso con él– que don Juan; pero tendrá que ser el propio caballero, descubriendo su identidad bajo el disfraz del embozado, quien manifieste la verdad, y así el rey lo premie con la mano de la infanta.

Es la misma secuencia que en *El Burlador*, pero también con opuesto desenlace, porque tanto don Enrique como don Juan de Cardona son fieles a sus damas y no cometen traición alguna ni a amigo ni a rey.

3. Comentarios sobre mujeres

Los comentarios despectivos del marqués de la Mota a don Juan al preguntarle este sobre las ramerías de Sevilla, que él bien conoce, tiene correlato en el comentario sobre mujeres en otras tres comedias: *La venganza de Tamar*, *La villana de Vallecas* y *Quien no cae no se levanta*.

Al empezar *La villana de Vallecas*, Luzón le recuerda a don Vicente cómo hablan sobre las damas que han visto en la iglesia nada más salir de misa: «Y apenas la bendición / con el *Ite, missa est*, / da fin a la devoción, / cuando salís dos o tres, / y en buena conversación / el portazgo o alcabala / cobrando de cada una, / la murmuración señala / si es doña Inés importuna, / si doña Clara regala, / si se afeita doña Elena, / si esta sale bien vestida, / si estotra es blanca o morena» (II, 791).

También casi al comienzo de *La venganza de Tamar*, van de camino unos hebreos, y Absalón pregunta: «Elisabet, ¿no es hermosa?», le contesta Amón: «De cerca no, que es ojosa». Y Adonías prosigue preguntando: «¿Y Esther?»; Amón responde: «Tiene buen color, / pero mala dentadura». Luego Eliazer lo hace: «¿Delvora?»; Amón: «Es grande de boca». Jonadab: «¿Atalia?». Amón: «Esa es muy loca / y pequeña de estatura». Y aún prosiguen, hasta que Eliazer cierra la enumeración con comentarios y sentencia: «Pues no hallas quien te contente», (III, 364-365).

En *Quien no cae no se levanta* son Celio, Pinardo y Ludovico que van a la iglesia «a ver las damas que vienen», y a la salida comentan cómo las han visto. Celio: «Buena vino / la mujer de Honorato». Ludovico: «¿Quién, Marfisa? / Mejor suele parecer», y añade Pinardo: «Debióse afeitar de prisa / y echábasele de ver». Ludovico: «¿Qué os pareció de Rosalba?»; Celio: «Brava reverencia os hizo», y Pinardo: «Fuera más bella que el alba / si no trajera postizo / el cabello»; pregunta Ludovico: «Pues qué, ¿es calva?», y contesta Pinardo: «Como un san Pedro». Celio: «¿Y Octavia?»; Ludovico: «Es vieja». Siguen los comentarios, y también llegan a dos hermanas (como don Juan), porque Pinardo dice: «Las hermanas Garambelas / me agradan mucho, por Dios»; pero Celio las despena diciendo: «Aféanlas las viruelas, / y no osan dejar las

dos / verdugados y arandelas» (III, 872). La prostituta Costanza, en boca del marqués de la Mota es lampiña y vieja, como alguna de esas damas, objeto de la murmuración de los tres galanes «devotos».

El procedimiento es el mismo, como dice Blanca de los Ríos en nota a los comentarios de don Juan y el marqués de la Mota en *¿Tan largo me lo fáiis...?*: «La siguiente sátira de las mujeres se repite en *El Burlador* (jornada II, escena VI), y puede compulsarse con otras tres contenidas en obras no discutibles de Tirso: *La villana de Vallecas* (1920), *La venganza de Tamar* (¿1621?) y *Quien no cae no se levanta* (¿...?)» (II, 606). Laura Dolfi señaló la semejanza de la conversación de Ludovico, Celio y Pinardo con la escena de *El burlador de Sevilla* indicando que el diálogo «indicio significativo de la atmósfera en que se sitúa la acción, constituye un simple paréntesis descriptivo»; fue uno más de sus argumentos para subrayar la autoría de Tirso (2000, 61-62).

4. Una lectura de Tirso de Molina une dos de sus comedias

La comedia *Las firmezas de Isabela* de Luis de Góngora fue impresa en Córdoba en 1613, y ofrece dos llamativas concordancias con *El Burlador*. El criado Tadeo dice que, en cuanto ve que su amo habla en secreto con otra persona, «partiré como un potro / a introducirme importuno, / entre la boca del uno / y entre la oreja del otro», porque no hay cosa que más le guste que escuchar para saber y saber para contarle. Y lo glosa introduciendo una comparación:

Este correr tan sin freno,
siguiendo mi desvarío,
no es para provecho mío,
sino para daño ajeno;
pues con propiedad no poca
imito a la comadreja,
que se empreña por la oreja
para parir por la boca
(Góngora, 2000: 10).

Esta comparación está en boca del duque Octavio cuando comienza a contarle don Pedro la supuesta traición de la duquesa Isabela:

Proseguid; ¿por qué calláis?
¡Mas si veneno me daís
que a un firme corazón toca,
y así a decir me provoca
que imita a la comadreja,
que concibe por la oreja
para parir por la boca!
(vv. 318-324)

Y también al comienzo de la comedia de Góngora, Violante se identificará con Dido, traicionada por Eneas y dirá palabras muy presentes en las obras de Tirso:

Huésped troyano has sido,
si no eres para mí caballo griego,
oh mancebo escondido,
armas tus ojos y tu lengua fuego:
con mi daño no se oya,
y callen con mi estrago,
la sangre de Cartago,
las cenizas de Troya,
que la bebió la arena,
el viento las llevó y dura mi pena
(Góngora, 2000, 15-16).

Además comparten ambos textos el término «Sagitario», que Fabio aplica a Tadeo, después que ha mencionado un verso de Ariosto diciendo que pensaba que era de Guido Cavalcanti: «Sagitario crüel de nuestras gentes, / perdonen tus saetas / a extranjeros dulcísimos poetas» (Góngora, 2000, 22). Será Catalinón quien llame al duque «inocente / Sagitario de Isabela», pero cita al signo zodiacal para luego cambiarlo en otro con alusión burlesca: «aunque mejor le diré / Capricornio» (vv. 1152-

1155); y este segundo también está presente con tal sentido en *El árbol del mejor fruto*.

Tirso en *La huerta de Juan Fernández* mostrará otras dos huellas de la lectura de *Las firmezas de Isabela*, y así trazará un puente entre sus dos obras. El viejo Galeazo es mercader de Sevilla y padre de Lelio; Galeazo³ en *La huerta de Juan Fernández* será conde y casará con Laura, una de las damas. Hay además otra concordancia. Violante habla de la maravilla, la brevísima flor:

Hay una flor, que con el alba nace,
caduca al sol y con la sombra pierde.
La verde rama, que es su cuna verde,
la tumba es ya, donde marchita yace.
¡Oh, cómo satisface,
no más, su breve vida,
que el mortal celo de que está teñida,
a mi esperanza, que infeliz la nombro,
pues no fue maravilla, y es asombro!
(Góngora, 2000, 73-74)

Dirá Hernando, a solas, en *La huerta de Juan Fernández* pensando en Laura:

¿Qué es esto, Laura?, ¿qué es esto,
condesa, señora mía?
¡El pesar del alegría
tan cerca, cielos, tan presto!
Mas quien su esperanza ha puesto
en yerbas que no dan fruto,
¿qué mucho cobre tributo
en flor que fácil se pierde,
viva a la mañana y verde,
muerta a la noche y con luto?
(III, 629)

³ Los nombres de Anfriso y Gaseno, dos pastores del *Burlador*, los toma Tirso de la *Arcadia* de Lope (a la que tiene como referencia en *La fingida Arcadia*).

5. «Cautela», una palabra muy presente en las comedias de Tirso

Tirso de Molina llamó a una de sus comedias *Cautela contra cautela*, incluida en la *Segunda Parte* de sus *Comedias* (1635); Cotarelo afirmó que la había representado Amarilis sin indicar la fuente, y por ello Blanca de los Ríos la fecha en 1618-1620. Pero en el *Catálogo de Comedias*, dirigido por Teresa Ferrer, consta como representada por la compañía de Cristóbal de Avendaño entre octubre de 1622 y febrero de 1623.

Aparece la palabra en *El Burlador* las siguientes veces: Don Pedro al rey, «dice que es el duque Octavio / que con engaño y cautela / la gozó», vv. 149-151. Octavio: «¿Mas si fue su honor cautela? [...] Mas ya no toco / en tu honor: es tu cautela», v. 317, vv. 341-342. El mismo Octavio: «A más furor me provooco, / y extrañas provincias toco / huyendo de esta cautela», vv. 370-372. Don Juan: «¡Mas si hubiese otra cautela! [...] Gozarella, ¡vive Dios! / con el engaño y cautela / que en Nápoles a Isabela», v. 1316, vv. 1342-1344. Don Diego a don Juan: «en Lebríja retirado / por tu traición y cautela», vv. 1456-1457. Fabio a Isabela: «si amor todo es cautela», v. 2105. Octavio a Aminta: «que de esta suerte es cautela / de aqueste traidor don Juan», vv. 2629-2630.

Se repite su uso en *El castigo del penseque* (que Miguel Zugasti fecha entre 1613-1615, Tirso de Molina, 2013, 20): «en amor de hermano no hay cautela», «lo demás todo es cautela», «Que en sabiendo la cautela / con que finges ser su hermano», «Con vos no ha de haber cautela», «aunque viváis con cautela» (I, 691, 693, 696, 700, 707). Y está en numerosas comedias suyas: *Amar por razón de estado*, *El mayor desengaño*, *El amor y el amistad*, *No hay peor sordo*, *Del enemigo el primer consejo*, *La prudencia en la mujer*, *Todo es dar en una cosa*, *Escarmientos para el cuerdo*, *Amar por arte mayor* (varias veces), *Los lagos de San Vicente*, *Quien no cae no se levanta*, etc.

6. Concordancias entre *El burlador de Sevilla* y comedias de Tirso de Molina

Jornada primera

Don Juan contesta a la duquesa Isabela:
¿Quién soy? Un hombre sin nombre (v. 15).

La santa Juana. Tercera parte. Un Alma llama a don Luis «¡Hombre!», y él argumenta: «viendo que me llamas hombre, / y bien me puedo ofender / porque hombre solo es afrenta, / pues no dice más del ser, / y otro cualquier nombre aumenta / valor, hacienda y poder» (I, 905). *La villana de la Sagra.* Feliciano a don Pedro: «¿Quién es?», y él contesta: «Un hombre» (II, 164). *El amor médico.* Don Gaspar a don Gonzalo: «Infames, pues, por escrito, / hombres sin nombres, cobardes / que os menospreciáis del ser / que tenéis, pues le ocultastes» (II, 976-977). *Amar por razón de estado.* El duque pregunta a Enrique: «¿Quién eres?», y él contesta: «Un hombre soy», y se negará a decirle quién es (II, 1095). *Privar contra su gusto.* «Rey: Pues vos, ¿quién sois? [...] Rey: ¿Vuestro nombre? / Don Juan: No le tengo» (III, 1101).

Don Juan responde al rey:
¿Quién ha de ser?
Un hombre y una mujer (vv. 22-23).

El castigo del penseque. Don Rodrigo a Clavela: «¿Si me quiere? ¿Qué sé yo? / ¿No soy hombre? ¿No es mujer?» (I, 698). *El celoso prudente.* Gascón a Carola: «Soy hombre y eres mujer» (I, 1238). *Los lagos de San Vicente.* Doña Blanca a don Fernando: «vos hombre, mujer yo» (II, 16). *Privar contra su gusto.* Don Juan solo: «¿No es mujer? ¿Hombre no soy?» (III, 1089).

Don Juan a don Pedro:
No quiero daros disculpa,
que la habré de dar siniestra (vv. 97-98).

El celoso prudente. Sigismundo a Lisena: «Ya, mi bien, que sois mi esposa, / no temo siniestro fin» (I, 1239).

El rey:
¡Ah, pobre honor! Si eres alma
del hombre, ¿por qué te dejan
en la mujer inconstante,
si es la misma ligereza? (vv. 153-156).

El celoso prudente. Don Sancho: «¡Válgame Dios! ¡Que las leyes / del mundo fundado hayan / la honra en una mujer! / ¡En una pluma liviana, / el honor de tanto peso!» (I, 1260). *La vida y muerte de Herodes.* Herodes: «y que la honra, que es suma / de todo el valor y ser, / la fie de una mujer, que es viento, sombra y espuma» (I, 1614).

El rey a don Pedro Tenorio:
No importan fuerzas [...]
para amor, que la de un niño
hasta los muros penetra (vv. 172-176).

Octavio hablando del Amor, que le lleva a levantarse muy temprano:

Porque, como al fin es niño,
no apetece cama blanda [...]
Siempre quiere madrugar
por levantarse a jugar,
que al fin como niño juega (vv. 195-196, 200-203).

El castigo del penseque. La condesa: «que amor, que es niño, se altera / al ver espadas desnudas» [...] «¿Cómo amor, si os pintan niño, / no dormís»; don Rodrigo a la condesa: «Es amor niño / y túrbase» (I, 692, 703, 708). *La santa Juana. Tercera parte.* Aldonza a Peinado: «que es niño amor y se olvida / con cualquiera tierra en medio»; don Luis a doña Inés: «Volvedme a mostrar sus niñas, / pues es niño amor, juguemos; / que no es bien que se levanten / cuando por ellos me pierdo» (I, 875). *Del enemigo, el primer consejo.*

Serafina, sola: «¿Por qué si eres niño, amor, / en los efectos criatura, / te ofendes con la blandura, / te aumentas con el rigor?» (II, 1298), etc.

Isabela:

Gran señor, volvedme el rostro.

Rey:

Ofensa a mi espalda hecha,

es justicia y es razón

castigalla a espaldas vueltas (vv. 183-186).

La mujer por fuerza. El conde al rey: «Señor, ¿qué os ha dicho Alberto / que me volvéis vuestro rostro?» (I, 539). *La vida y muerte de Herodes*. Herodes: «¿Por qué razón / temes mostrarme la cara [...] / Las espaldas me volviste» (I, 1609).

Ripio al duque Octavio:

Pues ¿es quienquiera

una lavandriz mujer:

lavando y fregatrizando (vv. 233-235).

El castigo del penseque. Chinchilla a Lucrecia: «¡Ay fregatriz!» (I, 681). *Tanto es lo de más como lo de menos*. Gulín a Liberio: «Apuntad en vuestra lista / fregatrices a la margen» (I, 1123). *El amor médico*. Tello a Quiteria: «¿Fregatriz o de labor?» (II, 982). *La huerta de Juan Fernández*. Mansilla a don Hernando: «y entre la loza / fregatizando la moza / con tal gracia». Y a Tomasa: «¡Bendito sea el regidor, / que entre floridos matices / condujo jabonatrices / para que se lave amor [...]. Ea, destapa la boca, / brillante lavatriz» (III, 619, 630, 631).

Octavio a don Pedro:

y así a decir me provoca

que imita a la comadreja,

que concibe por la oreja

para parir por la boca! (vv. 321-324).

El vergonzoso en palacio. Figueredo al duque de Averó: «concibió por la oreja, parió el pecho / por la boca, y fue el parto de manera, / que cuando el sol doraba el mediodía, / ya toda Averó la traición sabía» (I, 443).

Don Pedro a Octavio:
 Como es verdad que en los vientos
 hay aves, en el mar peces;
 que participan a veces
 de todo cuatro elementos [...],
 así es verdad lo que digo (vv. 345-354).

El castigo del penseque. Don Rodrigo: «Clavela, ¿será esto cierto?», y contesta la Condesa (que finge ser Clavela): «Como el volar sucesivo / el tiempo, como el correr / para su centro los ríos» (I, 704).

Octavio refiriéndose a Isabela:
 ¡Ah, veleta! ¡Débil caña! (v. 369)

La mujer por fuerza. Clarín a Finea: «Y esta pícara que adoro / es una veleta al aire» (I, 515).

Tisbea, en su monólogo:
 Yo, de cuantas el mar
 pies de jazmín y rosa
 en sus riberas besa
 con fugitivas olas [...]
 y los combates dulces
 del agua entre las rocas... (vv. 375-378, 393-394).

El castigo del penseque. Don Rodrigo: «y a la puerta que el mar combate a besos, / mil hombres embarqué». Floro: «Junto a este muro bañado / del mar, que besos le ofrece» (I, 694, 698). *Quien habló pagó.* El embajador 3º a la reina: «Rogerio os adora, / a quien el Tirreno mar / besa en Sicilia los pies» (I, 1470). *El amor médico.* Doña Jerónima a doña Estefanía, que le pregunta sobre su color: «Jazmín y rosa» (II, 993).

Tisbea:

Aquí, donde el sol pisa
 soñolientas las ondas [...]
 por la menuda arena
 –unas veces aljófár,
 y átomos otras veces
 del sol, que así le adora... (vv. 383-384, 387-390).

Cautela contra cautela. Porcia a Enrique: «Con razón la llamáis vuestra; / que más átomos no muestra / el sol, que es padre del día» (II, 923). Enrique al rey: «solamente llevo mal / que des nombre de atrevido / a quien con tu luz ha sido / un átomo o girasol [...]. ¿Cuándo un átomo que mueve / el sol hermoso se atreve / contra los rayos del sol?» (II, 928).

Tisbea:

que en libertad se goza
 el alma que Amor áspid
 no le infunde ponzoña (vv. 404-406).

La huerta de Juan Fernández. Doña Petronila a Tomasa: «después que hallé entre sus flores / un áspid que, disfrazado, / ponzoña a mi pecho ha dado» (III, 613).

Tisbea:

En pequeñuelo esquife (v. 407).

Palabras y plumas. Sirena a don Íñigo: «Que hecho el esquife pedazos / en una roca espantosa» (I, 1300). *La república al revés.* Clodio a Lidora: «y apenas de un esquife / a tierra salté» (I, 397)

Tisbea:

tal vez al mar le peino
 la cabeza espumosa (vv. 409-410).

El pretendiente al revés. El pastor Corbato a Sirena: «y es tanta su espesura, que parece / que es cabeza del mundo aquella sierra, / según son los cabellos que la cubren» (II, 276).

Tisbea:
 no desprecias mi choza:
 obeliscos de paja
 mi edificio coronan [...];
 mis pajizos umbrales [...].
 Ven, y será la cabaña... (vv. 418-420, v. 443, v. 952).

Quien habló pagó. Tirrena le dice a Sancho: «En estos campos desiertos / habito una pobre choza, / cubierta de humildes pajas» (I, 1477). *El árbol del mejor fruto.* Elena a Cloro: «Una pajiza cabaña» (III, 316). La palabra «obeliscos» en *El árbol del mejor fruto*: «que encerrando siete riscos / entre agujas y obeliscos» (III, 332). En *La lealtad contra la envidia*: «de esas formidables / sierras, que el cielo intiman obeliscos» (III, 762), etc.

Tisbea:
 Como hermoso pavón
 hace las velas cola
 adonde los pilotos
 todos los ojos pongan (vv. 487-490).

Cautela contra cautela. Chirimía: «Ya el cielo como un pavón / las ruedas ostenta bellas / con las lúcidas estrellas, / que sus ojos Argos son» (II, 917).

Tisbea:
 Un hombre al otro aguarda
 que dice que se ahoga.
 ¡Gallarda cortesía!
 En los hombros le toma;
 Anquises le hace Eneas,
 si el mar está hecho Troya (vv. 499-504).

Quien habló pagó. El Conde a Tirrena: «Ya supe que tu marido, / Sancho, me halló tan herido, / que casi sin vida estaba, / y con más piadoso afecto / que el troyano me llevó / en sus hombros» (I, 1484). *Próspera fortuna de don Álvaro de Luna.* Herrera a Ruy López: «Pues yo seré / Eneas de un nuevo Anquises (I, 1991).

Adversa fortuna de don Álvaro de Luna. Don Álvaro al Rey: «gallardo Anquises de este nuevo Eneas» (I, 2003). *Santo y sastre.* Roberto a Homo Bono: «Contigo seguro vengo, / caro Eneas de este Anquises» (III, 75).

Catalinón, que sale del mar:
Donde Dios juntó tanta agua,
¿no juntara tanto vino? (vv. 523-524)

Los amantes de Teruel. El gracioso Laín cuenta su naufragio a su señor Marsilla: «entrando el agua en un pecho / siempre de vino ocupado» (I, 1375). *Escarmientos para el cuerdo.* El gracioso Carballo, en nave azotada por vientos: «¡Agua de Satanás, tórnate vino!» (III, 247).

Catalinón, maldice al que primero navegó (un tópico):
¡Mal haya aquel que primero
pinos en el mar sembró,
y que sus rumbos midió
con quebradizo madero! (vv. 541-544).

La Ninfa del cielo. Dice Ninfa al ver que se aleja la nave:
«¡Mal haya, amén, la primera / mano ingrata, que esas tablas / con
resina, pez y brea, / juntó para mi desdicha / y para tantas
ofensas» (I, 940).

Tisbea y Catalinón, hablando del desmayado don Juan⁴ :
Tisbea: No, que aún respira.
Catalinón: ¿Por dónde? ¿Por aquí?
Tisbea: Sí.
Pues ¿por dónde...?
Catalinón: Bien podía
respirar por otra parte (vv. 559-562).

⁴ En las comedias de Tirso son continuas las menciones escatológicas del criado-gracioso, con efecto cómico indudable.

En el acto tercero, dirá Catalinón a don Juan:

Señor...

¡Vive Dios, que huelo mal! [...]

Yo pienso que muerto soy,

y está muerto mi arrabal (2349-2350, 2352-2353).

La Santa Juana. Primera parte. Llorente al decir Gil que la Santa «tien espíritus»: «Pues ¿por dónde habrán entrado? / ¿Por la boca o por la zaga?» (I, 811). *La Santa Juana. Tercera parte.* Crespo: «En saliendo hel de esperar, / que, pardiez, ha de purgar / las entrañas por de zaga» (I, 880). *Cómo han de ser los amigos.* Tamayo: «Un Lázaro al natural / soy, que güelo como él mal / sepultado» (I, 295). *El celoso prudente.* Dice a Gascón Carola: «Apártese, / que ese nombre huele mal.»; y él le contesta: «Es de noche y me vacié» (I, 1238), etc.

Don Juan, hablando por vez primera con Tisbea:

pues veis que hay de mar a amar

una letra solamente (vv. 595-596).

Doña Beatriz de Silva. Don Juan a doña Leonor: «No sé si mi amor ignora, / mas sé que me mandó, en suma, / embarcar, porque presuma / cuán poco hay de mar a amar». San Antonio de Padua: «por el mar de amar María» (II, 893, 907). *La venganza de Tamar.* Amón a Tamar: «Pues si entre Amón y Tamar / hay tan poca diferencia, / que dos letras solamente / nos distinguen». Y Amón: «cruel, mudable Tamar; / que, en fin, acabas en mar» (III, 383, 387). *La peña de Francia.* Simón: «Mas de casado a cansado / va una letra solamente» (I, 1841). *El castigo del pensequé.* *La Santa Juana. Tercera parte.* César: «Todo es uno, juego y fuego / si una letra les mudáis; / fuego es amor» (I, 868), etc.

Tisbea le dice a don Juan:

Parecéis caballo griego

que el mar a mis pies desagua,

pues venís formado de agua

y estáis preñado de fuego (vv. 613-616).

La Ninfa del cielo. Ninfa exclama: «Caballo griego preñado / de traiciones y promesas, / para fuego de la Troya / que dentro en mi pecho queda. / Plega a Dios... » (I, 940). *El mayor desengaño.* Cuenta Marción al emperador Enrico: «y como el caballo griego, / un infierno junto arroja» (II, 1200). *Todo es dar en una cosa.* Doña Beatriz a Pizarro: «Volví al paso que injuriada / amante [...], / pues como el caballo griego / admitieron riesgos vivos / de mi vida mis entrañas / tiranizando su hospicio» (III, 678).

Don Juan a Tisbea:
siendo de nieve, abrasáis (v. 632).

La Dama del olivar. Don Guillén a Laurencia: «¡Qué hermosa mano! [...]. Es de nieve». Y añade Maroto en aparte: «Y os abrasa» (I, 1183). *Palabras y plumas.* Sirena a don Íñigo: «Yo te desharé, si puedo / esta nieve que te abrasa» (I, 1303). *Quien calla otorga.* Don Rodrigo a Chinchilla: «que también la nieve abrasa» (I, 1425). *El Aquiles.* Aquiles a Deidamia, después de besarle la mano: «¡Ay nieve, que helada abrasas!» (I, 1930), etc.

Don Juan: Si te pregunta quién soy,
di que no sabes.
Catalinón: ¿A mí
quieres advertirme, a mí,
lo que he de hacer? (vv. 681-684).

La Ninfa del cielo. Carlos a Roberto: «No digas quién soy», y él le contesta: «Ya sobre el aviso estoy» (I, 934). *La villana de la Sagra.* Don Luis a Carrasco: «Calla, necio, no me nombres» (II, 133). *La villana de Vallecas.* Don Gabriel a Cornejo: «Ya te he advertido / que no digas que he venido / de Valencia [...] / ni que don Gabriel me llamo / de Herrera» (II, 798).

Don Gonzalo al rey:
Es Lisboa una octava maravilla.
De las entrañas de España,
que son las tierras de Cuenca,
nace el caudaloso Tajo (vv. 721-724).

Fabio a Isabela:
y después a Sevilla
irás, a ver la octava maravilla (vv. 2119-2120).

Doña Beatriz de Silva. Melgar: «Leonor, no sois vos Leonor,
/ sino octava maravilla»; san Antonio de Padua: «que este erigirá
capilla [...], de la Concepción se nombre, / siendo octava
maravilla» (II, 896, 908). Don Pedro Girón hablando del Tajo en
Lisboa: «si en Cuenca le veis nacer / ya que aquí le veis morir» (II,
873).

Don Gonzalo al rey:
Pues el palacio real,
que el Tajo sus manos besa,
es edificio de Ulises [...],
de quien toma la ciudad
nombre en la latina lengua,
llamándose Ulisibona (vv. 814-820).

Doña Beatriz de Silva. Don Juan despidiéndose de Lisboa:
«¡Adiós, fundación de Ulises!» (II, 877).

Catalinón a don Juan:
Buen pago
a su hospedaje desceas (vv. 898-899).

El pretendiente al revés. El duque a Carlos: «Buen pago das a
mi amor, / y al caso que hice de ti» (II, 273).

Don Juan a Catalinón:
Necio, lo mismo hizo Eneas
con la reina de Cartago (vv. 900-901).

El mayor desengaño. Evandra le dice a Bruno, que le había
preguntado «¿Quieres que sea tu güesped?»: «No, Bruno, que los
engaños / temo que otro güesped hizo / a la reina de Cartago (II,
1188).

Catalinón a don Juan:
 Los que fingís y engañáis
 las mujeres de esa suerte,
 lo pagaréis con la muerte (vv. 902-904).

La peña de Francia. Pedro: «El que vive de esta suerte / a morir mal se convida, / que siempre a una mala vida / se sigue una mala muerte», con la misma rima (I, 1861). Y en *La santa Juana. Segunda parte*, la santa se le aparece a don Jorge y le advierte: «Ten cuenta que mañana has de dar cuenta / a Dios, severo Juez, y que mañana / te espera, cuando todos te hacen cargo, / larga cuenta que dar de tiempo largo», y don Jorge dirá luego a solas: «¿Larga cuenta que dar de tiempo largo? / ¿Y hasta mañana vivo? / ¿Tan corto el plazo, tan probado el cargo?» (I, 861). Es justo lo contrario de la réplica de don Juan: «¡Qué largo me lo fiáis!».

Don Juan a Tisbea:
 Amor es rey
 que iguala con justa ley
 la seda con el sayal (vv. 931-933).

El melancólico. Firela: «No querrá humillar el alma / a pastoriles bellezas, / que entre sayales vasallos / se ensoberbece la seda» (I, 222). *El pretendiente al revés.* Tirso: «Para ser tan principal / y, en fin, dueño del aldea / su conversación recrea / desde la seda al sayal»; Clorí: «¡Mal haya el oro y la seda / que así entristece el sayal!»; el Duque: «En fin, ni al sayal / ni a la seda principal, / ni a villana o dama honesta / amor de noche preserva» (II, 231, 240, 245). *La villana de Vallecas.* Polonia: «¡Que en medio de Madrid pueda / vencer el sayal la seda!»; Cornejo: «Con la costumbre y el trato / suele en un buen natural / trocarse en seda el sayal» (II, 813, 840), etc.

Don Juan a Tisbea:
 Juro, ojos bellos
 que mirando me matáis,
 de ser vuestro esposo (vv. 941-943).

La elección por la virtud. Sabina le dice a Césaró después de preguntarle «¿Tanto me quiere?», y él responderle: «Es locura», «Pues júrelo»; y Césaró lo hace: «¡Por tus ojos!»; y al decirle ella que es villana, él replicará (como ha hecho antes don Juan al decirle Tisbea «Soy desigual / a tu ser»): «¿Amor no ajusta / desiguales muchas veces?» (I, 336). *La Dama del olivar.* Guillén le dice a Laurencia, tras afirmar que aborrecerá a Isabel y la adorará a ella: «Yo lo juro» y cuándo ella le pregunte «¿De qué modo?», dirá: «Por tus ojos» (I, 1181). *El Aquiles.* Deidamia a Aquiles: «Jura». Aquiles: «Por tus ojos bellos», y Deidamia afirma: «Tu esposa soy» (I, 1934).

Tisbea a don Juan:

Advierte,

mi bien, que hay Dios y que hay muerte (943-944).

La república al revés. Carola: «¡Ay Lidora, / mira lo que haces; mira / que hay Dios, y que si se aíra, / castigará con rigor» (I, 395). *La Ninfa del cielo.* Ninfa: «Carlos tu vida gobierna / en lo mejor de tus años, / pues ves tantos desengaños; / que hay muerte y hay pena eterna» (I, 968).

Anfriso:

¡Triste y mísero de aquel

que en su fuego es salamandria! (vv. 968-969).

La santa Juana. Tercera parte. La santa al Ángel: «fénix de amor que se abrasa / como salamandra en él» (I, 874). *Amazonas en las Indias.* Menalipe a Martesia: «No en mí, que vive en su llama, / salamandria, mi afición» (III, 717). *La vida y muerte de Herodes.* Faselo a Salomé: «Yo [...], / salamandra de amor, vivo en su llama (I, 1583), etc.

Tisbea exclama, desesperada:

¡Ah, falso huésped, que dejas

una mujer deshonrada,

nube que del mar salió

para anegar mis entrañas! (vv. 1008-1011).

La Ninfa del cielo. Carlos le dice a Ninfa: «Sirvió de nube la nave / que iba entonces a Mesina / para encubrirte quién era» (I, 953).

Jornada segunda

El rey a don Diego:
Un medio tomo
con que absolverle del enojo entiendo:
mayordomo mayor pretendo hacelle (vv. 1073-1075).

Quien calla otorga. Aurora a Carlos: «Pues ya por mi cuenta tomo / vuestro aumento, mayordomo / de mi casa os hago» (I, 1418). *El amor y la amistad.* El conde a don Guillén: «y en fin, mi amigo el mayor, / cuyo aumento a cargo tomo; / y no es bien que de los dos / seáis en mi casa vos / menor, y otro mayordomo» (III, 520).

Octavio al rey:
A esos pies, gran señor, un peregrino
mísero y desterrado ofrece el labio (vv. 1094-1095).

La santa Juana. Tercera parte. Don Diego a la santa: «Madre, estos labios honrad / con esos pies» (I, 903). *Palabras y plumas.* El duque de Rojano al rey: «Con sus pies honro mis labios» (I, 1334). *Esto sí que es negociar.* Enrique refiriéndose al duque de Bretaña: «Si besar sus pies merecen / mis labios, duplicará / favores» (II, 736). *Beatriz de Silva.* Don Juan a doña Leonor: «Ponga vuestra majestad / esos pies en estos labios» (II, 874), etc.

Octavio a Ripio:
César con el César fui,
pues vi, peleé y vencí (vv. 1131-1132).

La santa Juana. Tercera parte. Aldonza a Luis: «que es César, y como él, / al fin vino, vio y venció» (I, 883). *La Ninfa del cielo.* Carlos a Roberto. «César en la impresa fui, / que partí, llegué y vencí» (I, 938). *Ventura te dé Dios.* Otón al Duque: «que, en fin,

vine, vi y vencí» (I, 1666). *El amor médico*. Don Rodrigo a doña Jerónima: «Vine, vi y amé celoso», y ella le contesta: «Eso es, por que simbolice / con lo que a Roma escribió / César: “Vení, vidi, vinci”» (II, 1004), etc.

Catalinón a don Juan:
que aquí está el Duque, inocente
Sagitario de Isabela
—aunque mejor le diré
Capricornio (vv. 1152-1155).

El árbol del mejor fruto. Mingo (gracioso) a Cloro: «pues si no mintió mi madre, / diz que me parió en el signo de Capricornio» (III, 317).

Don Juan a Octavio:
El que viene es el marqués
de la Mota (vv. 1183-1184).

Doña Beatriz de Silva. El rey a don Pedro Girón por haberle dado el supuesto retrato de doña Isabel: «Ya sé / que me pediréis que os dé / el porte de esta belleza: / Marqués de la Mota os hago» (II, 880).

El marqués de la Mota y don Juan hablando de una ramera:
Mota:
Ya con sus afeites lucha.
Don Juan:
Véndese siempre por trucha.
Mota:
Ya se da por abadejo (vv. 1231-1233).

La santa Juana. Primera parte. Julio: «Yo gustaría / que comieses sin pimienta / esta trucha salmonada» (I, 793). *Tanto es lo de más como lo de menos*. Una canta: «¿Qué parecen las viudas con monjil negro?», y otra contesta. «Truchas empanadas en pan centeno», (I, 1124). *La Dama del olivar*. Laurencia a don Guillén: «Deje villanas groseras / de sayal y buriel; / que no es bien coma

truchuela / quien truchas puede comer» (I, 1179). *No hay peor sordo*. Cristal (gracioso) a don Diego refiriéndose a doña Lucía: «También digo / que trae su sal y pimienta / la trucha [...], si ya no es que el artificio / garambainas nos fabrique» (III, 1022).

El marqués de la Mota a don Juan:
Y la mona de Tolú
de su madre Celestina (vv. 1238-1239).

El celoso prudente. Gascón le pregunta a Carola: «¿No es monazo?», y ella le contesta. «De Tolú». Y más adelante, le dirá de nuevo el gracioso: «Soy un puerco socarrado [...], / un monazo de Tolú» (I, 1239, 1262). *Don Gil de las calzas verdes*. Caramanchel a doña Inés: «por una vuestra vecina / que es hija de Celestina» (I, 1745). *Quien no cae no se levanta*. Britón a Alberto: «¿Tú con una mujer que Celestina / crio a sus pechos y en sus brazos trajo?» (III, 868).

Don Juan:
¿Y esotra?
El marqués de la Mota:
Mejor principio
tiene: no desecha ripio (vv. 1247-1248).

Tanto es lo de más como lo de menos. Liberio le dice a Gulín: «Amor es una comedia / donde todo personaje / hace su papel: las reinas, / botines y devantales. / yo, en fin, no desecho ripio» (I, 1123). *El celoso prudente*. Diana a Lisena: «No desecha ripio amor» (I, 1234).

Don Juan:
Marqués, ¿qué hay de perros muertos? (v. 1250).

La celosa de sí misma. Ventura a don Melchor: «yendo a vistas / sin un real, por Dios, te temo / que al instante que te mire, / le has de oler a perro muerto» (II, 1450).

Don Juan:
 ¿No parece encantamento
 esto que agora ha pasado? (vv. 1302-1303).

El vergonzoso en palacio. Tarso: «¡Pobre de quien trae a
 cuestas / dos cestas de encantamentos!» (I, 493). *El castigo del
 penseque*. Chinchilla: «¡Y cómo! Todo ha sido / encantamentos» (I,
 703). *El pretendiente al revés*. Carlos: «¿En qué encantamento estoy?»
 (II, 263).

Don Juan:
 Sevilla a voces me llama
 «el Burlador» (vv. 1309-1310).

Marta la piadosa. Doña Marta a don Felipe: «Engañoso
 burlador, / perrillo de muchas bodas, / danzante que baila en
 todas, / hombre, en fin, y más traidor» (II, 390). *La villana de
 Vallecas*. Don Vicente, después de leer el papel de su hermana doña
 Violante, donde le dice que «un don Pedro de Mendoza, forastero
 en Valencia, pagó en palabras de casamiento obras de voluntad.
 Huyendo se va»: «burlador / mi fama deja ofendida» (II, 792).

Don Juan, leyendo el papel de doña Ana:
 ven esta noche a la puerta,
 que estará a las once abierta (vv. 1331-1332).

Y don Juan al marqués de la Mota:
 Dícete, al fin, que a las doce
 vayas secreto a la puerta (vv. 1386-1387).

La villana de la Sagra. Angélica a don Luis: «Dile que venga a
 las once». Pero doña Inés cambia la hora que ha oído para la cita y
 le dice a don Pedro (para llevar a cabo ella su traza) que Angélica
 afirmó: «Dile que me venga a ver / aquesta noche a las doce» (II,
 154, 158).

Don Juan a Catalinón:
 ¿Predicador
 te vuelves, impertinente (vv. 1354-1355).

La santa Juana. Segunda parte. Don Jorge a Crespo: «Predicador villano: tú conmigo / con ejemplos y réplicas te pones» (I, 851). *La santa Juana. Tercera parte.* Don Luis a Lillo: «Pues ¿también tú me predicas?»; y más adelante vuelve a decirle: «¿Tú predicas?» (I, 871, 896). Y a su padre, don Diego: «Otra vez toca / con tiempo, padre, a sermón, / y predica algo más corto» (I, 871).

Mota a don Juan (tras haberle dicho este la hora falsa de la cita):
 Dame esos pies.
 Don Juan (que frena su entusiasmo):
 Considera
 que no está tu prima en mí [...]
 Mota:
 ¡Oh sol, apresura el paso! (vv. 1400-1407)

La villana de la Sagra. Don Pedro a doña Inés, vestida de hombre, en escena semejante (acaba de decirle la hora falsa de la cita): «Dame esos pies»; y doña Inés también lo frena: «Quedo, quedo, / que no estás en ti, señor». Y don Pedro al fin rogará lo mismo aunque con forma más retórica: «Acaba, fogoso Apolo, / apresura más tu coche» (II, 158). Es la misma secuencia.

Don Juan:
 ¿Qué mujer?
 Mota:
 Rosada y fría.
 Catalinón:
 Será mujer cantimplora (vv. 1539-1540).

El castigo del penaseque. Chinchilla: «de un amo que aquí me tiene, / mientras se caliente él, / como cantimplora en nieve» (I, 726). *Quien calla otorga.* Chinchilla a don Rodrigo: «Si fuera el amor

agora / de gusto de cantimplora, / a fuer de señor que bebe /
nieve en verano e invierno» (I, 1424-1425).

Catalinón:

Echaste la capa al toro.

Don Juan:

No, el toro me echó la capa (vv. 1546-1547).

La Ninfa del cielo. Roberto a Carlos: «Como delincuente ha sido / que de tus manos ha huido / y la capa te ha dejado, / porque hacerte toro a ti / fuera la comparación más pesada» (I, 958). *La lealtad contra la envidia.* Obregón: «¡Qué bien la capa le echó / el que se le atravesó» (III, 742).

Don Gonzalo:

La barbacana caída

de la torre de mi honor (vv. 1566-1567).

La villana de la Sagra. Angélica a don Luis: «ninguno en el mundo ha entrado / a robarme tal tesoro, / que está en defendida torre» (II, 133).

Don Gonzalo:

que es traidor, y el que es traidor

es traidor porque es cobarde (vv. 1584-1585).

La Dama del olivar. Laurencia a don Guillén: «aunque la rueca mejor / fuera para ti, traidor; / que es insignia de cobarde» (I, 1195). *La peña de Francia.* Don Enrique: «Traidores son todos tres, / y el traidor siempre es cobarde» (I, 1860). *Mari-Hernández la gallega.* Don Álvaro al rey Juan II de Portugal: «que el traidor siempre es cobarde» (II, 70). *El árbol del mejor fruto.* Constantino a los bandoleros: «El traidor siempre es cobarde» (III, 311). *La lealtad contra la envidia.* Indio: «Siempre es cobarde el traidor» (III, 774).

Catalinón:

A fe que los dos

mal pareja han de correr (vv. 1600-1601).

Quien calla otorga. Teodoro a Carlos: «en ella corra el desdén / parejas con su belleza» (I, 1416). *Del enemigo, el primer consejo.* Ascanio: «que con competencia igual / en Serafina procura / correr con su amor parejas» (II, 1304).

Catalinón a don Juan, que le dice «Huyamos»:
Señor, no habrá
águila que a mí me alcance (vv. 1602-1603).

Doña Beatriz de Silva. Don Fernando le dice a don Juan: «¿Contra un águila imperial / voláis? No la alcanzaréis» (II, 877), aunque usa él el término en sentido figurado, refiriéndose al emperador.

El marqués de la Mota:
Un grande escuadrón de hachas
se acerca a mí, porque anda
el fuego emulando estrellas (vv. 1616-1618).

La lealtad contra la envidia. Mercado: «No quede en la fortaleza / almena que no se vista / de luces; que innumerables / con las del cielo compitan / artificiales cometas» (III, 788).

El rey:
Llevalde y ponelde
la cabeza en una escarpia (vv. 1636-1637).

Don Gil de las calzas verdes. Don Diego: «Quitarásela [la vida] el verdugo, / levantando en una escarpia / su cabeza enredadora / antes de un mes en la plaza» (I, 1760). *La peña de Francia.* El rey a don Enrique: «Valladolid / verá encima de una escarpia / tu cabeza, por traidor» (I, 1883).

(*Cantan*) *Lindo sale el sol de abril*
con trébol y toronjil (vv. 1706-1707).

La santa Juana. Primera parte. Músicos y pastores cantando: «Y él es el toronjil. / Novios son Elvira y Gil, / él es mayo y ella abril» (I, 771). *La Peña de Francia.* Cantan los pastores: «Entra mayo y sale abril [...]; / de trébol sale adornado, / de retama y toronjil» (I, 1868). *El pretendiente al revés.* Uno canta: «Verde estaba el toronjil, / el mastuerzo y perejil, / y más verde por abril / el poleo y la verbená» (II, 230). Comparten boda de pastores *La santa Juana* y *El Burlador*, y la misma rima en la canción los cuatro textos citados.

Don Juan:
Con vuestra licencia quiero
sentarme aquí.
(*Siéntase junto a la novia.*) (vv. 1760-1761).

La santa Juana. Primera parte. Francisco Loarte. «Al lado de la madrina, / si gustáis, sentarme quiero» (I, 776).

Jornada tercera

Batricio:
Celos, reloj de cuidados,
que a todas las horas daís
tormentos con que matáis,
aunque daís desconcertados (vv. 1797-1800).

El pretendiente al revés. Leonora: «Es reloj la voluntad: / desconcertada una rueda, / no hay quien concertalla pueda, / si no es con dificultad. / La rueda han desconcertado / los celos que amor labró» (II, 271).

Batricio:
que otro con la novia coma
y que ayune el desposado (vv. 1831-1832).

El pretendiente al revés. El pastor Celauro: «Pardiez, ella es buena moza. / ¡Venturoso el desposado / que ha de comer tal bocado!» (II, 231).

Batricio:
diciendo a cuanto tomaba:
«¡Grosería, grosería!» (vv. 1819-1820).

El pretendiente al revés. Floro al Duque: «Son groserías / de esta gente labradora» (II, 283). *Doña Beatriz de Silva.* Isabel: «Hermosa rústica hacéis». Beatriz: «En mí lucen groserías» (II, 909). *El árbol del mejor fruto.* Melipo a Clodio: «Mas como un tosco pastor / mudará su grosería» (III, 318).

Batricio:
Esto bien sé yo que ha sido
culebra y no casamiento (vv. 1839-1840).

Por el sótano y el torno. Santarén a don Duarte: «porque celebréis entre ellas / desposorios ratoniles, / si no son bodas culebras» (III, 589).

Batricio:
Al fin, al fin es mujer (v. 1864).

El pretendiente al revés. Carlos: «¡Ah Sirena! Al fin, mujer» (II, 270). *El amor médico.* Don Gaspar: «¿Qué mucho? Es al fin mujer» (II, 996).

Aminta a Belisa:
Todo hoy mi Batricio ha estado
bañado en melancolía (vv. 1921-1922).

El melancólico. El duque a Rogerio: «¿Melancólico tú?, ¿tú con tristeza?», y Rogerio habla de «la melancolía / que ocupa mi confusa fantasía» (I, 234); la palabra «melancolía» es el motivo central de la comedia. *El celoso prudente.* Diana: «Pero aquí mi esposo está / melancólico y suspenso»; don Sancho a Diana: «Melancólico, cual vistes, / entre mí, Diana mía, / estos discursos hacía» (I, 1267, 1268). *El vergonzoso en palacio.* Doña Juana al duque:

«Habrá dos días que anda melancólica / sin saberse la causa de este daño» (I, 463), etc.

Don Juan a Catalinón:
Para el alba, que de risa
muerta ha de salir mañana
de este engaño (vv. 1950-1952).

Amar por razón de estado. Leonora a Enrique: «con esperezos la aurora, / si celosa de mí llora, / mis pesares le dan risa» (II, 1093).

Catalinón a don Juan:
y por mirón no querría
que me cogiese algún rayo (vv. 1968-1969).

Don Diego al rey:
rayos contra mí no bajen,
siendo mi hijo tan malo (vv. 2833-2834).

La santa Juana. Tercera parte. Lillo a don Luis: «pero no quiero que venga / sobre ti un rayo de Dios / y, estando yo cerca, tenga / que entender con los dos» (I, 904). *El celoso prudente.* Carola a Gascón: «Si te he ofendido en mi vida, / un rayo del cielo caiga / sobre..., sobre» (I, 1262). *La villana de Vallecas.* Don Pedro: «¡Un rayo caiga y me encienda!» (II, 830).

Aminta a don Juan:
que se encubren tus verdades
con retóricas mentiras (vv. 2053-2054).

El amor y el amistad. Don Guillén, solo: «Mas ¡ay retóricos ojos! / ¡Con qué elocuencia mentís!» (III, 524). *Todo es dar en una cosa.* Isabel, reina, a Pizarro: «Tiene, alférez, la verdad / tanta fuerza, vencedora / de retóricas mentiras» (III, 695). En *Palabras y plumas* dice lo mismo don Iñigo a Matilde, pero con la antítesis: «Matilde, yo no encarezco / lo que os quiero con palabras; / que el amor que es verdadero / poca retórica gasta» (I, 1325).

Don Juan a Aminta:
me dé muerte un hombre... (muerto) (vv. 2077).

Marta la piadosa. Doña Marta pregunta a su hermana Lucía: «¿No deseas verle muerto?», y esta le contesta: «Sí, hermana: muerto... (por mí).», con el mismo tipo de restricción mental (II, 356). *Esto sí que es negociar.* Leonisa contesta a Rogerio en presencia de Clemencia: «¿Dar? ¡Dar dada! Yo le he hallado, / y vos sois un gran hereje... (de amor)» (II, 714).

Don Juan a Aminta:
mañana sobre virillas
de tersa plata estrellada
con clavos de oro de Tíbar
pondrás los hermosos pies (vv. 2084-2087).

La santa Juana. Segunda parte. Mari Pascuala: «Dádivas son del infierno / que promete oro de Tíbar» (I, 854). *La Dama del olivar.* Maroto a Gastón: «chapines trae de valores / con sus virillas de plata» (I, 1178). *La buerta de Juan Fernández.* Tomasa a doña Petronila: «No gastara la mulata / manto fino de Sevilla, / ni cubriera la virilla / el medio chapín de plata» (III, 601). *Quien no cae no se levanta.* Margarita al Ángel: «y en tus cabellos / armas lazos de oro Tíbar» (III, 888).

Don Juan a Aminta:
la alabastrina garganta (v. 2089).

Escarmientos para el cuerdo. Un marinero: «Vio el sol la primera vez / los alabastros honestos» (se refiere al cuerpo desnudo de doña Leonor) (I, 259). *Tanto es lo de más como lo de menos.* Liberio a Diodoro, que le pregunta «¿Qué hay de amores?»: «El mío, por despicarse / de unas damas, pica en otras, / ya alabastros, ya azabaches» (I, 1122).

Tisbea:
Robusto mar de España,
ondas de fuego, fugitivas ondas,

Troya de mi cabaña,
 —que ya el fuego por mares y por ondas
 en sus abismos fragua,
 y ya el mar forma por las llamas agua (vv. 2139-2144).

Siempre ayuda la verdad. Blanca le habla a Elena del «capitán de Troya y de su engaño» a la griega, y añade: «No haya miedo que abraze / a Lisboa tú como ella a Troya»; y Elena replica: «¡Ay Blanca!, no lo creas; / pienso que por mi mal a España vino, / y más si a pensar llego / que saliese del agua tanto fuego» (III, 463).

Tisbea a Isabela:
 ¿Sois vos la Europa hermosa,
 que esos toros os llevan? (vv. 2169-2170).

Los toros son las galeras que han llevado a la duquesa de Italia a España.

Palabras y plumas. Gallardo a Sirena y a don Íñigo: «En un esquife de cristal la popa, / con seis remeros por banda [...] / al toro imitan robador de Europa»; en él va Matilde (I, 1299).

Tisbea a Isabela:
 ¡Mal haya la mujer que en hombres fía! (vv. 2190, 219, 2198, 2204).

La santa Juana. Segunda parte. Mari Pascuala: «¡Mal haya la mujer que en hombres fía!» (lo repite tres veces en su monólogo), (I, 853-854). *La villana de Vallecas.* Aguado a don Vicente hablando de su señora: «Encerrada y llorando cada día / maldice la mujer que en hombres fía» (II, 826). Y lo opuesto: en *Los amantes de Teruel*, dice dos veces Marsilla al creer que doña Isabel no ha cumplido su palabra: «¡Mal haya el hombre que en mujeres fía!» (I, 1388, 1389).

Catalinón le dice a don Juan, que le ha golpeado:
 Una muela
 en la boca me has rompido (vv. 2217-2218).

No le arriendo la ganancia. Recelo al Honor: «Dos muelas me derribó. / ¡Guarda el loco!» (I, 659). *La vida y muerte de Herodes.* Pachón a Tirso: «escopir me hizo dos muelas» (I, 1587). *Antona García.* Bartolo a Carrasco: «Agarrela entonces yo, / mas ella cerrando el puño / escopir hizo dos muelas / deshaciéndome un carrillo» (III, 413-414).

Don Juan a Catalinón:
Dame la vela, gallina (v. 2328).

La mujer por fuerza. Fenisa a Finea: «Es Clarín / una gallina, un hombre, en fin». Finea a Clarín: «Pues tome esta cuchillada, / gallina» (I, 533). *Doña Beatriz de Silva.* Melgar: «Yo muero de mala gana / porque soy una gallina» (II, 906).

Catalinón, que pregunta sobre «la otra vida» a don Gonzalo, convidado de piedra:
¿Hay allá
muchas tabernas? Sí habrá,
si Noé reside allí (vv. 2367-2369).

Doña Beatriz de Silva. Melgar, que se niega a acompañar al otro mundo a doña Beatriz, por su afición a la bebida dirá: «Pues decir, ¿hay taberneros / por esas esferas limpias? / No, que allá van puras almas» (II, 906).

Don Juan:
y temer muertos
es más villano temor:
que si un cuerpo noble, vivo,
con potencias y razón
y con alma no se teme,
¿quién cuerpos muertos temió? (vv. 2474-2479).

Siempre ayuda la verdad. El Rey, que cree que ha matado a doña Blanca, a solas, después de que don Pedro le haya anunciado que ella va a verlo: «Sombras vienen a turbarme, / ya en mi casa se parecen; / si a mis criados se ofrecen, / no será justo enojarme, /

ni yo perder el valor / donde jamás hubo miedo» (III, 490). *Privar contra su gusto*. La infanta. «Temblando de verle estoy; / mas ¿qué mucho que hablar tema / con hombre del otro mundo, / sola y de noche» (III, 1112).

Don Diego al rey:
Fácil será al Marqués el persuadirle,
que de su prima amartelado estaba (vv. 2519-2520).

La mujer por fuerza. Finea a Fenisa: «con mil celosos extremos / la amartela por vengarse» (I, 532). *La santa Juana. Tercera parte*. Aldonza a don Luis: «que, en saliendo de la calle / tu persona amartelada» (I, 884).

Octavio: Tienes ya la sangre helada;
no vale fui, sino soy.
Don Diego: Pues fui y soy (vv. 2565-2567).

Tanto es lo de más como lo de menos. Liberio le dice a Gulín: «Quien fue / dueño tuyo», y Gulín le contesta. «Fue..., pasó. / No sé pretéritos yo; / los presentes solo sé» (I, 1143). *El vergonzoso en palacio*. El duque a Mireno: «¿Quién eres?». Mireno: «No soy, seré; / que solo por pretender / ser más de lo que hay en mí, / menosprecié lo que fui / por lo que tengo que ser» (I, 455). En *El Burlador* Octavio había antes preguntado a don Diego: «¿Quién eres...?».

Don Juan a Catalinón:
El rostro
bañado de leche y sangre,
como la rosa que al alba
despierta... (vv. 2638-2641).

Antona García. Antona: «En las dos mejillas solas / miro, según son saladas, / rosas con leche mezcladas» (III, 411). Y Tisbea le había dicho a don Juan (vv. 605-608): «Sin duda que habéis bebido / del mar la oración pasada, / pues por ser de agua

salada, / con tan grande sal ha salido», con el uso del mismo calificativo «salado».

Catalinón: Y podrás muy bien casarte

mañana, que hoy es mal día.

Don Juan: Pues ¿qué día es hoy?

Catalinón: Es martes.

Don Juan: Mil embusteros y locos

dan en esos disparates (vv. 2653-2657).

El castigo del penseque. Chinchilla a don Rodrigo: «Ni hay lugar / donde no sepa llegar / con sus agüeros un martes» (I, 677). *Santa Juana. Tercera parte.* Aldonza, labradora humilde, hablando a Peinado de don Luis, caballero: «Diome un martes en la noche / palabra de casamiento, / palabra pagué en abrazos; / mas fue en martes, ¡mal agüero!» (I, 875). *Marta la piadosa.* Don Juan a don Diego: «Engañe ella en otras partes, / que, en fin, para mí será / mal agüero, porque va / muy poco de Marta a martes» (II, 380), etc.

Y como antítesis, el miércoles como día de buena suerte: *La elección por la virtud.* Sixto a Sabina: «Que un miércoles nací [...] / En estrella naciste venturosa: / ten en cuenta con el miércoles, que es día / en que has de ser dichoso». Pereto a su hijo Sixto: «Hoy es miércoles, hijo, y hoy has sido / con esa nueva dignidad honrado. / En este día solo hemos tenido / las venturas que el cielo nos ha dado» (I, 331-332, 342).

Don Juan a Catalinón:

Calla,

que hay parte aquí que lastó

por ella, y vengarse aguarda (vv. 2410-2412).

Amar por razón de estado. Leonora a Enrique: «¿de qué, mi bien, serviría / tan prolongada alegría / habiéndola de lastar / llorando, con esperar / otros seis meses de día?» (II, 1093).

Don Gonzalo a don Juan:

No alumbres, que en gracia estoy (v. 2459).

Antes don Juan le había preguntado: «¿Estás gozando de Dios?» (v. 2433).

Don Gil de las calzas verdes. Don Martín cree que doña Juana está muerta y habla a don Juan, convencido de que es ella (porque va también de don Gil con calzas verdes): «Si estáis gozando de Dios, / que así lo tengo por cierto» (I, 1756). *El pretendiente al revés.* El duque de Borgoña a Sirena: «Id vos delante; / pues sois luz, Sirena bella, / alumbraréisnos con ella» (II, 240), con el mismo sentido figurado.

Catalinón a don Juan:
¿Ha de pedirte
una figura de jaspe
la palabra? (vv. 2670-2672).

El celoso prudente: «yo haré a mi silencio sabio / de jaspe y marfil un templo» (I, 1278). *Mari-Hernández la gallega.* Caldeira a don Álvaro: «Deja agora grabaduras / para escultores y jaspes» (II, 67).

Don Gonzalo a don Juan:
Quiero a cenar convidarte (vv. 2699 y ss.).

Y más adelante Catalinón pregunta: «¿Qué plato es este, señor?» (v. 2720).

La peña de Francia. Dice la acotación: «Ábrese una peña y descúbrese una mesa proveída». Simón Vela: «¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto? / Convidado soy, mi Dios, / una peña abierta en dos / banquete franco me ha puesto. / ¡Milagrosa maravilla! / Plato el cielo me hace franco» (I, 1879).

Catalinón a don Juan:
Mesa de Guinea es esta (v. 2710).

El amor y el amistad. Gilote: «Echad la soga más paso, / que es alta la chimenea, / y yo un ángel de Guinea, / según me tizno y abraso» (III, 543). *Quien no cae no se levanta.* Lelio y Britón van

tiznados de negro, y Britón dice: «Bien pudieras ya decirme / a qué fin has hecho, Lelio, / con los dos este guisado / de hígado, pues es negro; / desenguinéame ya»; y poco después le dirá Britón: «Enguinéate y hablemos / a lo de zape y Angola» (III, 854, 856).

Catalinón, al ver entrar a dos enlutados:
¿También acá se usan lutos
y bayeticas de Flandes? (vv. 2714-2715).

La mujer por fuerza. Clarín al conde: «Hace la viuda entender, / con más tocas que un armenio, / que es bayeta lo que viste» (I, 541). *Doña Beatriz de Silva.* Melgar (gracioso), que va de luto: «¿Es hoy día de bayeta? / Cuantos muchachos me ven / me tiran de pepinazos, / llamándome (y hacen bien) / paje o lacayo de *réquiem*» (II, 875).

(Cantan):
que no hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague (vv. 2734-2735).

La santa Juana. Parte tercera. Berrueco a Lillo: «Alléguese, socarrón [...]; que no hay plazo que no llegue / ni deuda que no se pague» (I, 880).

Don Gonzalo: Dame esa mano.
No temas; la mano dame.
Don Juan: ¿Eso dices? ¿Yo temor?
(*Dale la mano*)
¡Que me abraso! ¡No me abrases
con tu fuego! (vv. 2750-2754).

La santa Juana. Primera parte. Cuando la santa expulsa al demonio del cuerpo de la niña, esta grita: «¡Ay, que me abrasas, que me quemas!» (I, 815). *La santa Juana. Tercera parte.* La voz de don Juan, que pena en el purgatorio, le dice a don Luis: «Llegad la vuestra a mi mano»; dice la acotación: «*Danse las manos y sale de ellas una llama de fuego*». Y don Luis exclama: «¡Ay, que me abraso y me quemo, / no solo la mano y palma, / sino el alma! Morir temo» (I,

906). En *Tanto es lo de más como lo de menos*, Nineucio grita: «¡Que me abraso, que me enciendo!»; y en la última escena dice la acotación: «Abajo, un infierno, y Nineucio, sentado a una mesa, abrasándose, y muchos platos echando de los manjares llamas», porque su vicio era la gula, y dice él: «Padre Abraham, que me abrasan / en el alma y en el cuerpo / llamas de inmortalidad, / castigo de Dios eterno» (I, 1149, 1153).

Don Gonzalo:

Esta es justicia de Dios:

quien tal hace, que tal pague (vv. 2778-2779).

Los hermanos parecidos. Hombre: «Esta es la justicia / que manda hacer el rey sacro, Nuestro Señor [...]. Ansí castiga Dios a un desdichado [...] / Quien tal hace que tal pague»; Cristo: «justo es que quien tal hizo, que tal pague» (I, 1701, 1704); y Temor había dicho antes que venía «La justicia de Dios» (I, 1700). *Doña Beatriz de Silva*. La reina Isabel al Rey: «Darla la muerte he querido: / quien tal hace que tal pague» (II, 900). *El mayor desengaño*. El conde Próspero a Evandra: «Quien tal hace, que tal pague; / quien tal paga, que tal pene»; Marción a Bruno: «que pues alabaste de necio, / quien tal hace, que tal pague»; Lorena a Evandra: «él fue necio; el conde, cuerdo; / quien tal hace, que tal pague»; Laureta a Evandra: «que si por hablar te pierde, / quien tal hace, que tal pague» (II, 1193, 1119, 1198). *La fingida Arcadia*. Lucrecia a Pinzón: «Quien tal hace, que tal pague» (II, 1422). *Amar por arte mayor*. Bermudo a doña Elvira: «Quien tal hace, que tal pague» (III, 1183). *Cigarrales de Toledo*. Alejo: «¡Quien tal hace, que tal pague! / ¡Quien tal paga, que tal pene!» (Tirso de Molina, 1996: 168).

La presencia de palabras, sintagmas, expresiones y unidades narrativas de *El burlador de Sevilla* en tantas otras comedias de Tirso de Molina son las marcas de su autoría; es el propio dramaturgo quien da testimonio de que fue él quien escribió esa obra que dio a la literatura uno de los mitos modernos: don Juan, con «brío y corazón en las carnes» para cenar con el convidado de piedra.

Bibliografía

CLARAMONTE, Andrés de. (2020) *El burlador de Sevilla*. Edición de Alfredo Rodríguez López-Vázquez. Madrid. Cátedra.

CRUICKSHANK, D. W. (1981) «The First Edition of *El burlador de Sevilla*». *Hispanic Review*. 49. 443-467.

DOLFI, Laura. (2000) «El burlador burlado. Don Juan en el teatro de Tirso de Molina». *Varia lección de Tirso de Molina. Actas del VIII Seminario del Centro para la Edición de Clásicos Españoles*. Ignacio Arellano y Blanca Oteiza (eds.). Pamplona. GRISO. Universidad de Navarra. 31-63.

FERRER VALLS, Teresa et al. *Base de datos de comedias mencionadas en la documentación teatral (1540-1700)*. CATCOM. Publicación en web: <https://catcom.uv.es/>

GÓNGORA, Luis de. (2000) *Las firmezas de Isabela. Obras completas, II*. Edición de Antonio Carreira. Madrid. Biblioteca Castro.

TIRSO DE MOLINA (fray Gabriel Téllez). (1952) *Obras dramáticas completas*. Edición crítica de Blanca de los Ríos. Madrid, Aguilar. 3 vols.

TIRSO DE MOLINA (fray Gabriel Téllez). (1996) *Cigarrales de Toledo*. Edición de Luis Vázquez Fernández. Madrid. Castalia.

TIRSO DE MOLINA (fray Gabriel Téllez). (2010) *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*. Edición crítica de W. F. Hunter. Barcelona. Centro para la Edición de los Clásicos Españoles. Instituto de Estudios Tirsianos (GRISO).

TIRSO DE MOLINA (fray Gabriel Téllez). (2013) *El castigo del penaseque. Quien calla, otorga*. Edición de Miguel Zugasti. Madrid. Cátedra.